

del presidente Kubitschek y de las primeras reuniones del "Comité de los 21".

Más que un tratado, lo repetimos, es una guía de problemas y un código de normas y principios panamericanos. Su mérito principal es ser objetivo.

## LA RELIGIÓN DEL NACIONALISMO

ENRIQUE HELGUERA

*de la Universidad Nacional de México*

ACOSTUMBAMOS afirmar que vivimos en la época de los nacionalismos. Sin embargo, cuando se nos invita a definir el término, quedamos algo desconcertados por su carácter huido.

Este libro\* no sólo viene a proporcionarnos la tabla de salvación, sino a aportarnos un arsenal de datos en perspectiva histórica de vital importancia para el estudioso de la política internacional. Su autor, Carlton J. H. Hayes, profesor emérito de Historia en la Universidad de Columbia, tiene títulos más que suficientes para abordar el tema del nacionalismo con voz segura. No en vano ha sido el autor del artículo "Nationalism" en la "Encyclopaedia of Social Sciences" y de numerosas obras\*\* que atestiguan su singular preparación y su preocupación por el tema que, por confesión propia, data de 1914.

El libro provoca curiosidad desde el título mismo. ¿Cómo puede ser considerado el nacionalismo una religión? A medida que corren las páginas va surgiendo el convencimiento de que hay mucho de cierto en ese paralelismo, a pesar de que en ocasiones las comparaciones resulten poco afortunadas. Para Hayes, el nacionalismo es la fusión del patriotismo con una conciencia de nacionalidad y considera como bases de esta última el idioma y las tradiciones históricas. Sorprende la extremada importancia que el autor concede al idioma ("distintivo de la nacionalidad") y la manera de utilizar el concepto "tradiciones históricas" como un desván en donde apila las

\* *Nationalism: A Religion*, por Carlton J. H. HAYES, editado por Macmillan y Co., Nueva York, 1960, 187 pp.

\*\* Son de citarse: *Essays on Nationalism* (1926), *France a Nation of Patriots* (1930), *Historical Evolution of Modern Nationalism* (1931), *A generation of Materialism 1878-1900* (1941) y numerosos libros más de historia: *History of Europe*, *Wartime mission in Spain*, etc.

fuerzas culturales e históricas y el vínculo entre generaciones como fruto de un pasado religioso, un pasado cultural, un pasado de lucha, un pasado económico e independiente, un pasado político.

Los resultados que Hayes obtiene al analizar el sentido religioso, las variedades de la experiencia religiosa y sus aplicaciones a movimientos como el comunismo y nacionalismo, aunque no son muchos ni muy importantes, sí abren una vía para que el pensamiento analice la conexión que entre ellos existe.

Los capítulos IV a X pasan revista a la evolución histórica del nacionalismo. Se habla, así, de los antecedentes del tribalismo y del origen del nacionalismo moderno en la cristiandad, destacando la influencia de Inglaterra; del nacionalismo en la Francia revolucionaria, su avance en la Europa de Napoleón I a Napoleón III y la influencia de la industrialización. Como etapas sucesivas se analizan el imperialismo nacionalista y su intolerancia y el papel que desempeñó como causa de la primera y segunda guerras mundiales. Es en esta época cuando surge el nacionalismo "integral" o totalitario, entre los que coloca al fascismo, al nazismo y al comunismo. El penúltimo capítulo se dedica a "El nacionalismo mundial contemporáneo" y se cierra la obra con sus "Reflexiones sobre la religión del nacionalismo", una especie de ritornello en donde se sintetizan las ideas fundamentales expresadas a lo largo de su estudio.

Este libro es una verdadera lección de historia, admirablemente articulada bajo el enfoque del nacionalismo. Su interés crece a medida que su análisis se acerca a nuestra época, por calarnos más hondo. La impresión que queda al lector es que el nacionalismo constituye, ni más ni menos, la fuerza omnipresente tras bambalinas que ha motivado los grandes movimientos sociales y políticos de la humanidad.

El autor nos entrega cuantiosa materia prima para la reflexión, formula interesantes observaciones y, lo que es más importante, nos suscita dudas. Una de las llamadas de atención más importantes que hace es la de que el nacionalismo corre a veces el peligro de degenerar en la dictadura. Del nacionalismo al imperialismo y de éste a la dictadura es el ciclo vital que afecta la libertad de los pueblos. Y conste que al hablar de imperialismo habría que incluir el político, el económico y el ideológico. Es, pues, necesidad urgente impedir la prostitución del nacionalismo, como genuino movimiento colectivo de aspiraciones de un pueblo y desenmascarar falsos nacionalismos que simplemente ocultan las ambiciones y vani-

dad personal del caudillo (en el mal sentido de la palabra) o la consigna de un grupo de intereses extraños. Otro comentario que hace el autor es en el sentido de que los nuevos dictadores son menos preparados e ilustrados que los dictadores de la antigüedad, generalización que se antoja excesiva. Sin embargo, la complementa diciendo que las dictaduras contemporáneas se caracterizan por un gran apoyo de masas. Coincidimos en cuanto a la existencia de este síntoma externo, pero para valorarlo habría que hacer un estudio cuidadoso de la ubicuidad —y volubilidad— de las masas. ¿Dónde están ahora las muchedumbres que se congregaban en la Piazza del Popolo cuando hablaba Mussolini? Seguramente reuniéndose en la Plaza de San Pedro en el Vaticano. ¿Y las aglomeraciones en los estados olímpicos para escuchar a Hitler? Con toda probabilidad, oyendo a Willy Brand o a Ulbricht. Y tal vez veremos similar transmutación respecto a las multitudes que Fidel Castro gusta de reunir en la Plaza de la República y que el día de mañana seguirán el dictado del nuevo caudillo. Ese apoyo o despliegue de masas no es siempre garantía de bondad de un régimen. Es preciso contar con algo más permanente que sirva de cartabón, como son los valores jurídicos. En verdad, no creemos que pueda justificarse el sacrificio de los derechos humanos fundamentales a cambio de un prometido —y no siempre cristalizado— progreso económico a ultranza.

En algunos puntos el autor ha sido rectificado por los sucesos posteriores a la aparición del libro. Por ejemplo, Kennedy salió electo Presidente de los Estados Unidos a pesar de su carácter católico “que le atraería la oposición de la mayoría protestante” (p. 105). Por otra parte, la remoción del cuerpo de Stalin vendría a desvirtuar el carácter religioso que Hayes le atribuye al comunismo, pues ese acto debería haberse considerado “sacrilego” y, sin embargo, el actual régimen ha podido controlar la situación y perseverar en su ataque al “culto a la personalidad” (p. 18). También, recientemente se acaba de registrar el desmoronamiento indoloro de la República Árabe Unida, hecho que incita a una inspección más cuidadosa de los nacionalismos de nuestra época, pues deja entrever que el nacionalismo árabe tiene mayor apariencia que solidez. Un fenómeno político realmente intrigante es el derrumbamiento de regímenes aparentemente poderosos a base de acopio de armas, de militares y, en algunos casos, de apoyo de masas. Para echar mano de nuestro repertorio continental, recordemos los casos de Perón, de Batista, de Pérez Jiménez y del trujillismo —ahora en gestación—. Tal vez el símil que podría

aplicarse es el de la carcoma que mina al coloso de madera. Pero frente a esos ejemplos hay otros que se antojan inexplicables, como los de Franco y de Oliveira Salazar, que se han convertido en dictaduras calcáreas y longevas.

Si el nacionalismo es, como dice Hayes, una religión, habrá que tener presente sus aspectos negativos y positivos. Llenará una función importantísima como fuerza espiritual, pero también tenderá a ser beligerante, expansivo e intolerante. Nos enfrentamos a una ebullición universal del nacionalismo, principalmente en Asia y África, fenómeno causado en buena parte por la desintegración de los imperios coloniales. Formulamos votos para que estos nuevos países orienten su nacionalismo con pureza y sentido patriótico (y no patriotero) a la interpretación de las necesidades de cada pueblo y, al mismo tiempo, lo impregnen de un espíritu internacionalista. Después de todo, en un mundo que se encoge, estamos frente a una cuestión de supervivencia y creemos, tomando prestada la idea de Toynbee —ese prestidigitador genial de la historia— que la antítesis actual “comunismo-capitalismo” podría pasar también a un segundo plano, como ocurrió ya repetidas veces en la evolución de la humanidad con dualismos aparentemente irresolubles e irreconciliables. Empero, para esta tarea se requiere una actuación decisiva del bloque independiente dentro de la ONU que sepa fusionar sus nacionalismos en la busca de un internacionalismo efectivo y la obtención de los altos valores jurídicos entre los cuales destaca, como el más urgente, la paz. Ésta es la tarea fundamental de nuestro tiempo y este libro, brillante, nos la recuerda.